

MENÉNDEZ PELAYO ANTE EL ROMANTICISMO

Marcelino Menéndez Pelayo, el crítico, el comparatista, el teórico y el escritor recibió sus primeras impregnaciones literarias en el clima artístico de mediados del siglo XIX en el que los más variados estímulos del romanticismo dinamizaban aún la vida artística y la vida social. Sus versos de adolescente dedicados a Belisa, en opinión de uno de sus biógrafos más acreditados, quizás respondían al “mal del siglo, aquel dolor buscado por los poetas románticos” (Sánchez Reyes, 120). Y lo que está sobradamente documentado es cómo su formación intelectual se fraguó al calor de escritores y estudiosos enraizados en los fundamentos más radicales del gran movimiento. La proyección que ejercieron sobre él escritores como Amós de Escalante o José María Quadrado y profesores universitarios como Gumersindo Laverde o Manuel Milà dieron al joven cántabro los fundamentos de una visión del mundo que mantuvo en el curso de su biografía en sus líneas directrices¹.

La capacidad lectora y el honrado sentido crítico del sabio montañés son las circunstancias personales que, añadidas a la situación biográfica

¹ Hablando de los autores arriba citados y de Burns, Scott y Manzoni escribía Hans Juretschke que “principios religiosos, preferencias estéticas y justicia crítica coincidían en este caso para él. El romanticismo significaba un idealismo moderado, en contraste con la figura de Federico Schlegel, por ejemplo, siempre tenido por excesivamente fantástico; significaba una actitud espiritualista, tanto con respecto a la Ilustración y los ideólogos, como en cuanto al naturalismo positivista y materialista de su propia época; significaba, finalmente, estudio amoroso y recreación artística de la Edad Media cristiana, con su obra cumbre en los *Recuerdos y bellezas de España*, de Piferrer y Quadrado” (Juretschke, 313).

en la que el joven Menéndez Pelayo vivió la etapa póstuma del romanticismo español, constituyen los condicionantes inmediatos que explican su visión del gran movimiento internacional y las variaciones que sobre el mismo fue manifestando en el curso de su vida. En mi ****Panorama crítico del Romanticismo español** (Romero Tobar, 1994, 29-42) sintetice el esquema diacrónico con el que Menéndez Pelayo explicaba en 1883 lo que había sido el proceso histórico del romanticismo español, un esquema que se conservaba manuscrito en carta no datada y dirigida al hispanista Hugo Schuchart (Brigitta Weiss) y que con ligeras variaciones Enrique Sánchez Reyes recogió en apéndice al volumen V de las ****Ideas Estéticas** (Menéndez Pelayo, V, 500-511) con la finalidad de dar a conocer lo que era el plan completo de esta obra en las tres partes que le faltaban por escribir y que iban a tratar de la “época postromántica en Francia”, la “estética italiana del XIX” y las “ideas estéticas en la España de este mismo siglo”, En mi citado libro señalo a los historiadores posteriores que asumieron las orientaciones del maestro (el P. Blanco García, Bohigas Balaguer, Américo Castro, Arturo Farinelli, para culminar en la que ha sido gran autoridad en el Estudio del romanticismo español, Edmund Allison Peers).

Textos imprescindibles de Menéndez Pelayo sobre el romanticismo y planteamientos básicos

Ya algunas páginas de los ****Heterodoxos** (1881-1882) abordan el estudio de personajes política y literariamente muy activos en los años 1808-1814 y durante el posterior régimen fernandino, unos personajes en los que se pueden observar atisbos de la inquietud revolucionaria de los románticos. Algunos de ellos subyugaban al montañés tanto por su peripecia biográfica como por su escritura anticonvencional que les aproximaba al romanticismo, es el caso de José Marchena, Bartolomé José Gallardo y José María Blanco White. Pero es en trabajos de los años ochenta donde nuestro autor expone la información más amplia y su valoración personal del romanticismo en todas sus manifestaciones. Sus añadidos de 1883 a la traducción española de la obra de Otto von Leixner ****Unser Jahrhundert**², además de censurar ausencias y fallos del original

² La versión original se publicó en Stuttgart entre 1880 y 1882; la traducción española se tituló ***+Nuestro Siglo. Reseña histórica de los acontecimientos sociales, artísticos, científicos e industriales del siglo XIX**. Traducida del alemán, revisada y anotada por Marcelino Menéndez Pelayo (Barcelona, Montaner y Simón, 1883, 407 pp.).

en lo relativo a su reducida información sobre la vida cultural española, expone de forma meridiana su concepción histórica sobre la evolución de la literatura española del siglo XIX. (reed. En Menéndez Pelayo, 1942, VII, 233-285). Precisamente en este trabajo podemos leer un comprensivo apunte sintético acerca de lo que había sido el movimiento romántico cuyo ápice sitúa en la coyuntura histórico-política que cifran los años 1834 y 1835:

Las letras españolas habían experimentado una transformación profundísima durante este período. Sin desaparecer del todo la escuela clásico-francesa, que dominaba entre nosotros a principios del siglo, vegetaba oscura y pobremente al lado de la grande eflorescencia de la poesía *romántica*, bajo cuyo nombre algo vago se comprendían todos los movimientos de independencia literaria, ya tuviesen carácter histórico y tradicional, ya siguiesen las tendencias de la poesía moderna de Inglaterra y Francia, y también de un modo remoto y menos directo, las de Alemania (1942, VII, 259).

El texto fundamental para la cuestión que aquí me ocupa está recogido en los volúmenes IV y V de la ****Historia de las Ideas Estéticas en España (1883-1891)** dedicados, el IV a la estética decimonónica en Alemania e Inglaterra y el V a la teoría estética y su aplicación literaria en la Francia de la misma centuria³. De estas literaturas la más divulgada en la España de su época era la literatura francesa por lo que la aparición del volumen correspondiente suscitó una recepción crítica muy significativa; sirva de muestra lo que en 1892 escribió Juan Valera, el amigo y mentor del santanderino: "Desde el punto de vista de lo romántico, Menéndez, a mi ver, ha escrito el más sustancial, rico y discreto compendio de toda la historia literaria francesa (...). Los gérmenes del romanticismo en Voltaire, Diderot, Beaumarchais, Rousseau, Lemercier, Andrés Chénier y otros autores de fines del siglo pasado y de principios del presente le dan ocasión

³ Las ediciones ampliadas de las obras del autor que está editando la Sociedad Menéndez Pelayo de Santander tiene pendiente de publicar las actualizaciones críticas que corresponden a los tomos arriba indicados; de todas formas he podido conocer la aportación de Jean-François Botrel sobre la estética en Francia, y que agradezco a su autor. Tengo noticia de que las otras aportaciones sobre la estética filosófica alemana y la estética literaria alemana están escritas respectivamente por Pedro Cerezo Galán y María Ángeles Quesada, la estética inglesa por Dámaso López García y la francesa por Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel.

para hacer magníficas y muy fieles semblanzas. La historia ya del pleno romanticismo, más ampliamente narrada, le lleva a presentarnos, juzgándonos docta e ingeniosamente al pasar, la larga serie de escritores ilustres que han dado gloria y predominio mental a Francia: Chateaubriand, Lamartine, Vigny, Victor Hugo, Musset, Gautier, Dumas y cien más”. El artículo concluye con el guiño galófono de Valera para quien todas las modas detestables venían a España desde el país vecino, ocasión que aprovecha para ponerlas en la picota: el “clasicismo”, el “naturalismo” y las nuevas escuelas del “simbolismo” y el “psicologismo”.

Añádanse a lo dicho varias reseñas de traducciones (obras líricas de Heine, ensayos de Macauley, poemas de Byron,), la introducción a los ****Ensayos religiosos, Políticos y Literarios de Quadrado**, la semblanza que dedicó en 1908 a su maestro Milà i Fontanals y distintas secuencias de la ****Antología de Poetas Hispanoamericanos para conformar el cuerpo más compacto de la doctrina menendezpelayesca sobre el romanticismo internacional e hispano** (textos recogidos en Menéndez Pelayo, ****Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria, 1941-1942**, tomos IX, X, XI y XII).

La fuente de información primordial en la que Menéndez Pelayo recoge su saber del movimiento son los textos de los autores románticos aunque no deja de tener en cuenta los escritos de críticos e historiadores que le habían precedido en su trabajo. La biblioteca santanderina conserva ejemplares de obras clave de los hermanos Schlegel, del danés Brandes, de los franceses Sainte-Beuve, Villemain y de los anglosajones Mathew Arnold o lord Macauley⁴, por recordar nombres imprescindibles en su lectura penetrante y comprensiva; un vaciado sistemático en los libros de estas características existentes en la biblioteca del sabio montañés junto con el de las alusiones formuladas en su copiosa correspondencia podrían servir un repertorio de referencias sobre las fuentes que le sirvieron para la sistematización de su exégesis del romanticismo. Exégesis

⁴ Adelantando lo que escribiría sobre Macauley en ****Ideas Estéticas** (1940, IV, 392-397), el año 1879 Menéndez Pelayo escribía lo siguiente en una nota preliminar de la traducción española de los ****Estudios literarios del ensayista inglés**: “Estriba para mí el mérito de sus estudios literarios (ya que por estos empieza la colección que hoy traduce el señor Juderías Bender) en dos cualidades que rara vez suelen andar unidas, y menos en los ingleses, pero que cuando llegan a estarlo, hacen el más admirable compuesto que pueda imaginarse. Es una un sentido práctico y positivo, de moralista y político (común en la raza sajona), y un ingenio agudo y brillante, que parece patrimonio de los pueblos meridionales” (1941-42, X, 383-389).

en la que subyace una intuición fulgurante que supera los apriorismos ideológicos y los esquemas repetitivos. “Ni el ciego juzga de los colores, ni estéticos y preceptistas sin alma pueden juzgar de la belleza y enamorarse de sus divinos resplandores” escribía en el citado preliminar a la traducción de Macauley⁵.

El impulso poético que don Marcelino perseguía en las obras auténticamente creativas le situaba ante una visión integradora de todas las Bellas Artes, lo que en términos didácticos explicaba como una suma de los valores musicales aportados por el arte romántico a la estimación escultórica que había constituido el programa definidor de la Estética tradicional, una suma que descubre en sus comentarios de 1883 y 1885 a las traducciones de la poesía de Heine, excusándose en el acierto del traductor José J. Herrero: “Y grande debe de ser, sin duda, el oculto prestigio de estos versos, capaces todavía de conmover en lengua extraña, con rimas nuevas, hasta destituidas a veces del halago métrico (...). No se traduce el sonido de las sílabas, pero se traduce su vibración en el alma, que es lo que importa. Lo demás, fácilmente, lo adivinará quienquiera que tengas sentido poético” (1941-42, X, 409). Desde tal perspectiva se entiende cómo el lector poseído por Horacio podía simpatizar con la tensión clasicista que encontraba en líricos de los primeros años del XIX, ya fuera el poeta catalán Cabanyes o el inglés Shelley⁶.

⁵ La ponderada ecuanimidad del crítico que antepone la reacción espontánea del fruidor de belleza artística a los esquemas de escuela es uno de los rasgos de la probidad intelectual de don Marcelino asunto sobre el que podría hacerse una extensa antología de asertos suyos, valga el siguiente, inserto en el capítulo dedicado en ***Ideas Estéticas* a “otras tentativas de estética idealista” en Alemania: “¡Pobre juventud nuestra, tan despierta y tan capaz de todo, y condenada, no obstante, por pecados ajenos, a optar entre las lucubraciones de Krause, interpretadas por el señor Giner de los Ríos, y las que con el título de ***La Belleza y las Bellas artes* publicó en 1865 el jesuita José Jungmann, profesor de teología en Innsbruck, y tradujo al castellano en 1874 el señor Ortí y Lara!” (1940, IV, 275).

⁶ Del primero escribe en las adiciones a von Leixner que su clasicismo “aunque muy latino, es un clasicismo a su manera, y con una interpretación propia, personal y viva del espíritu de la antigüedad; algo parecido al helenismo de Andrés Chenier” (1942, VII, 241). Del poeta británico hará un apasionado comentario en ***Ideas Estéticas*, donde, entre otros argumentos, se pregunta sobre él: “¿Quién le vence en la poesía abstracta? ¿Quién en la poesía del ensueño? ¿Quién en las efusiones líricas puramente personales? ¿Quién sino él ha acertado a poner en boca de Prometeo acentos no indignos del viejo Esquilo? ¿Quién ha dado a las divagaciones del amor metafísico y platónico forma más tenue, impalpable y vaporosa que la del ***Epipsychidion*? Sólo Leopardi, que no es poeta más puro ni más idealista que Shelley” (1940, IV, 375).

Un último fundamento en el que reposa la interpretación menéndezpelayesca del romanticismo es la idea herderiana de *volksgeist*, término que nuestro autor traduce por el de “espíritu nacional” tal como he recordado en otro lugar y que le habría de servir tanto para explicar la insistente fidelidad a las reglas que guardaba la tradición literaria francesa⁷ (Romero Tobar, EN PRENSA b) como su marcado oponente hispano en el teatro “nacional español” acuñado por Lope de Vega (Romero Tobar, EN PRENSA a).

La presencia de otras literaturas nacionales en el romanticismo español

En el corpus de textos que resumen la posición de nuestro autor sobre el romanticismo como en otros muchos lugares se expone su punto de vista sobre las peculiaridades de los otros romanticismos europeos y la proyección que ejercieron sobre el hispano. Y aunque proyectaba tratar de la literatura italiana en lo que quedó en proyecto de las *Ideas Estéticas* y deja caer de pasada estimaciones muy oportunas acerca del romanticismo ruso y de otros países eslavos, son las literaturas alemana, inglesa y francesa las que recogen el más pormenorizado discurso sobre la cuestión, singularmente en el ya mencionado volumen IV de las *Ideas Estéticas*.

Oswaldo Market (1954), Hans Juretschke (1956) y muy recientemente Raquel Gutiérrez junto con Borja Rodríguez (2009) han sintetizado las aproximaciones de don Marcelino al romanticismo germano, aproximaciones cuyos primeros enunciados los hizo públicos en los momentos histórico-políticos dominados por la figura de Bismarck, una coyuntura que el sabio montañés califica de “ciega, funesta y brutal *teutomanía* que hoy impera y que va haciendo tan odiosa a todo espíritu bien nacido la Alemania moderna”. Ahora bien y a pesar de tal distanciamiento, Menéndez Pelayo reconoce con admiración el papel que representaron filósofos como Kant y Hegel y los “estéticos artistas” como él los denomina, Herder, Goethe, Schiller y Juan Pablo Richter. Estos son los nombres de escritores a los que reconoce un papel de voces para la Humanidad mientras

⁷ “En Francia, donde por caso raro y por leyes peculiares de aquella civilización, la llamada escuela clásica había llegado en cierto modo a ser escuela nacional, el escándalo fue grande, terrible la resistencia y encarnizada la lucha (...). De suerte que el espíritu nacional, que en otras partes fue el principal despertador y estímulo de los poetas románticos, se volvía contra ellos en Francia” (1940, IV, 135).

que a los grupos románticos de Jena y otros lugares les concede un espacio más limitado⁸; desconoce a Hölderlin mientras que, reconociendo “antiguas ligerezas” en su valoración de Heine, subraya la alta calidad del decir lírico de este último. En fin, y para tener una visión resumida de la admiración matizada que mantuvo respecto al romanticismo germano, remito a lo dicho por los estudiosos que cito al inicio de este párrafo no sin antes recordar cómo valora en un entreverado de notas positivas y distanciadas a los hermanos Schlegel, imprescindibles, como el mismo don Marcelino recuerda en varias ocasiones, para la difusión de la teoría romántica efectuada por Böhl de Faber en España⁹.

La piedra de toque en la concepción menendezpelayesca del romanticismo ancla en su recia concepción de las características indelebles que marcaban la tradición clasicista gala, frente a la que se elevó la especulación estética de los teóricos germanos y la original contribución de los escritores de Gran Bretaña. Los volúmenes IV y V de ***Ideas Estéticas* presentan formalmente esta contraposición al estar dedicados el primero a Alemania e Inglaterra mientras que el segundo se ciñe en su conjunto a Francia y que, en acertada formulación de Jean-François Botrel, constituye todo un “curso anteclásico de literatura francesa”.

Para don Marcelino fueron los escritores ingleses los que aportaron el más complejo dinamismo a la “emancipación literaria”¹⁰ que fue el movimiento romántico. Justifica su convicción partiendo del a priori de los caracteres nacionales, subrayando el pragmatismo del pueblo inglés –“los

⁸ “A esta escuela pertenecen, en mayor o menor grado, los dos hermanos Guillermo y Federico Schlegel, Luis Tieck, Zacañas Werner, Teodoro Hoffmann, Federico Stolberg, Novalis, Brentano Achim d’Arnim, Lamotte-Fouqué (alemán, a pesar de su apellido francés), el más poeta de todos ellos Luis Uhland y el profundo místico Goerres” (1840, IV, 136).

⁹ La tesis de las lecciones vienesas impartidas por August Wilhelm Schlegel sobre literatura dramática y popularizadas, como es sabido, por Mme. de Staël sentaron las bases que enraizaban el romanticismo en la cultura cristiana medieval y en la estela de las producciones dramáticas de Shakespeare y Calderón. Este planteamiento solapaba una visión del romanticismo como concepto histórico-cultural con el programa de la nueva escuela literaria que se adjudicaba tal nombre. El equívoco lo traspasó Böhl de Faber en su divulgación hispana de los textos schlegelianos y lo sancionó Agustín Durán en su programático ensayo de 1828 ***Discurso sobre el influjo de la crítica en la decadencia del teatro español* (Menéndez Pelayo, 1942, VII, 267).

¹⁰ Este es el título del manifiesto romántico que en España publicó el catalán Ribot y Fontseré.

ingleses (dice Emerson) *son terrestres y de la tierra*¹¹–, pragmatismo que en materia artística da cuerpo a una tradición literaria de libertad creativa:

Por una singularidad muy digna de observación, en Inglaterra, donde la práctica artística fue, con raras excepciones romántica aun en los mismos clásicos, la teoría nunca o rarísima vez aspiró a ser independiente y revolucionaria. El romanticismo era allí instintivo como en Alemania; estaba en la sangre, en la raza, en la atmósfera; se practicaba sin contradicción formal de nadie, pero nunca tuvo preceptiva propia (1940, IV, 347).

Esta libertad literaria había sido un romanticismo instintivo en los autores ingleses de los siglos XVI y XVII que, cuando se sometían a la poética aristotélica, lo hacían desde el más flexible espíritu de los comentaristas italianos del Renacimiento, pues incluso un secuaz de las reglas como Alexander Pope podía alcanzar cotas de mayor espontaneidad y frescura: “Y si bien el fondo de los preceptos es en Pope y en Boileau idéntico, corre por los versos del primero cierta aura de libertad que nunca se respira en el segundo” (1940, IV, 350). La lírica de Shelley y de Byron –a pesar de la gestualidad exhibicionista del segundo– y la narrativa de Walter Scott señalaban para Menéndez Pelayo el camino más despejado de la nueva escritura romántica, y por ello las páginas dedicadas a las ideas estéticas inglesas son por modo fundamental un curso de libre literatura que responde a un profundo cambio histórico de valores, tal como expuso en sus comentarios a las traducciones de los **Poemas Dramáticos byronianos** que publicó José Alcalá Galiano en 1886 (1941, V, 369-382).

Las peculiaridades del romanticismo español

Como he indicado más arriba el proyecto de escribir una Historia pormenorizada de la literatura española del siglo XIX quedó en un pío deseo al que nuestro autor se refirió en muchas ocasiones. De haberse cumplido aquel plan ambicioso, como todos los que ejecutó en otros asuntos literarios, la descripción y análisis de un tiempo artístico que le tocaba muy de cerca hubiera sido extremadamente pormenorizado, ya que con sólo avistar los volúmenes de autores decimonónicos que atesora su biblioteca podemos sospechar lo que hubiera sido la no escrita

¹¹ Repárese en que citar en España y el año 1889 al norteamericano Emerson no era nada frecuente

Historia de la literatura del XIX. Y a pesar de la lamentable ausencia, Menéndez Pelayo dejó caer *calamo currente* suficientes asertos sobre el asunto, en estimaciones y juicios que nos permiten pergeñar la visión que fue elaborando de lo que había sido el movimiento romántico en las tierras hispanas de la Península y de Hispanoamérica.

La intuición del *volksgeist* sobrenada, como no era menos de esperar, en su concepción del romanticismo vivido en España. El romancero y el teatro barroco eran las dos fuerzas en patente continuidad de un romanticismo latente que permeaba el “espíritu nacional” desde la Edad Media, habida cuenta sus relieves de cristianismo, caballerosidad y fogoso orientalismo que ya habían señalado los primeros hispanistas germanos (Romero Tobar, 2008). Partiendo de estos supuestos ideológicos Menéndez Pelayo fue el orientador decisivo en la construcción del plano crítico que ha delineado más tarde la concepción del romanticismo español. Para el sabio montañés el romanticismo del siglo XIX, en su continuidad con el romanticismo permanente de la literatura española, constituyó una “revolución” sistémica cuyos pasos iniciales habían sido la denominada por Pitollet “polémica calderoniana”, la actividad de Aribau y López Soler en **El Europeo de Barcelona y la actividad cultural de los exiliados liberales en Inglaterra¹² más destacada que la del “grupo de emigrados que residía en París”.

En los añadidos a von Leixner advierte que “generalmente se confunde los orígenes de la moderna literatura romántica con su triunfo definitivo. Este no se cumplió hasta 1834 ó 1835, pero desde principios de siglo y aún desde fines del anterior, venían notándose en España síntomas de rebeldía contra el falso clasicismo, importado de Francia” (1942, VII,259). Esta coyuntura cronológica es a todas luces coincidente con la minoría de Isabel II, es decir, con la etapa política que procuró el restablecimiento de un régimen constitucional al mismo tiempo que los campos españoles se regaban de sangre en la lucha fratricida de la primera guerra carlista.

¹² “Algunos emigrados españoles en Inglaterra, los cuales no sólo conocían la literatura inglesa, sino que escribían en ella con rara pureza y corrección, se declararon abiertamente *románticos*, aunque en obras escritas por la mayor parte en inglés, inclinándose con preferencia a la imitación de las novelas históricas de Walter Scott”, aserto al que sigue la relación de estos escritores, los santanderinos Trueba y Cossío y Herrera Bustamante además de los redactores de las revistas **Ocios de españoles emigrados y **Variedades o el **Mensajero de Londres “escritas casi exclusivamente por el famosos clérigo apóstata Blanco-White” (1942, VII, 262-263).

El esquema descriptivo de lo que habían sido las direcciones del romanticismo hispano –un romanticismo tradicionalista y un romanticismo liberal- también es un aporte menendezpelayesco del que han hecho uso generoso los posteriores historiadores de la literatura con el empleo de variados marbetes orientadores. La concepción dualista la había formulado nuestro autor en su persecución de las ideas sobre la belleza artística en los países europeos, tal como la expone en páginas de la ***Historia de las Ideas Estéticas*.

Para él en la mayor parte de los escritores alemanes que encarnaron el movimiento romántico se compendaban las características del romanticismo historicista: el gusto de cierta poesía caballerescas medieval, la galofobia, la tendencia a lo sobrenatural y lo fantástico (con la excepción de Werner y Hoffmann), un idealismo vaporoso y el culto de la arquitectura gótica, de la mitología popular, de las baladas y consejas, de las artes taumátúrgicas y de las potencias misteriosas (1940, IV, 136). Mientras que, en sentido contrario, perfilaba en estos términos el romanticismo que había personificado, por ejemplo, lord Byron:

Una nube de poetas grandes y pequeños, algunos de primer orden en sus respectivos países (Espronceda, Puskin, Alfredo de Musset) han pretendido reproducir el tipo de Byron, no ya sólo en los versos, sino en la vida. Un cierto linaje de romanticismo, no menos influyente que el romanticismo histórico; una especie de romanticismo interno o subjetivo, en parte *psicológico*, en parte *fisiológico*, ha pretendido descender de este hombre, que no era romántico y que execraba el romanticismo” (1940, IV, 366)¹³.

Menéndez Pelayo no podía ignorar la función que habían representado las publicaciones periódicas en la tarea de aclimatación del romanticismo, por lo que les dedica elocuentes párrafos en sus añadidos al libro de von Leixner (1942, VII, 246 y 262) para no eludir la implicación que la actividad periodística tuvo en el desarrollo del “costumbrismo” –especialmente en su introducción a las obras de Pereda- y a prosistas tan imprescindibles como Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Larra.

¹³ Trasladando a la literatura española la dualidad de romanticismos escribía: “ de aquí que el romanticismo que algunos llaman *subjetivo* y otros impropriamente *fisiológico*, cuyo más alto representante entre nosotros es Espronceda, difiera profundamente del romanticismo *histórico* o *legendario* del duque de Rivas y de Zorrilla, inspirado a medias en Walter Scott y en los romances” (1942, VII, 274).

A este último dedica párrafos de análisis sobre el arte de sus artículos en los que encuentra “gérmenes de ideas luminosas y muy aventajadas sobre su tiempo” y de los que elogia los “artículos personales o *subjetivos* y humorísticos”, si bien los sitúa en la clave de un humorismo “triste, negro y misantrópico, como el de Swift” (1883, VII, 271).

Como no era menos de esperar vuelve, en varios momentos, sobre Alberto Lista para subrayar el papel que representó como educador de la juventud y creador de opinión pública tanto en sus discursos como en su divulgación periodística; lo vincula a la escuela “sevillana”, de la que trae a cuento a sus miembros más destacados —Arjona, Reinoso, Blanco y Marchena— para poner de manifiesto la función mediadora que éstos ejercieron entre el cultivo de las formas clásicas y las adivinaciones románticas. También y de modo análogo valora a Quintana, a Juan Nicasio Gallego, a Bartolomé José Gallardo y al olvidado José Somoza (1883, VII, 234-239) como poetas y como creadores de opinión. A Martínez de la Rosa le adjudica méritos similares, reconociendo el éxito que para la aclimatación del romanticismo supuso el estreno de **La conjuración de Venecia, cuyo estímulo innovador sólo fue superado por el **Don Álvaro del duque de Rivas, “a no dudarlo, el primero y más excelente de los dramas románticos”.

El fino sentido poético de nuestro autor motivó escritos suyos sobre poetas como Antonio Arnao, Teodoro Llorente o Evaristo Silió y apuntes sintéticos acerca del panorama lírico vivido en los años románticos, escenario en el que destaca a Zorrilla —con el que mantuvo relación personal, como acredita su correspondencia— y Espronceda; de este último hace consideraciones poco favorables sobre *El Diablo Mundo para afirmar la presencia del “espíritu nacional” en el **El estudiante de Salamanca: “La inspiración es allí genuinamente española, y si la parte fantástica no corresponde a la afectiva, culpa es también de nuestro carácter nacional, que brilla mucho más en lo segundo que en lo primero”. Menéndez Pelayo evoca también a otros poetas menores como Tassara y Bermúdez de Castro para pasar al esbozo de una fórmula ideada por él, la de la “escuela septentrional” —Nicomedes Pastor Díaz y Enrique Gil y Carrasco fundamentalmente— “melancólica, nebulosa, elegiaca”, una escuela sobre la que volvería en otros escritos, aunque la visión de conjunto es la que presenta en sus adiciones a libro de von Leixner.

Volvería sobre la lírica romántica en la **Antología de Poetas Hispanoamericanos, donde el lector puede hallar juicios y valoraciones de mayor extensión. En esta obra monumental habla de la poesía de hechura

clasicista como la de José María de Heredia, Olmedo y otros, de mujeres escritoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda y de un “raro” al que llegó a conocer y tratar personalmente, Ros de Olano. En su juicio sobre Heredia replantea una vez más la difícil dialéctica poética que él encontraba entre los artífices de formas métricas y estilísticas de molde clásico y la pulsión irracional y afectiva propia de los románticos, un juicio que Rafael Altamira (1893) matizaría muy certeramente.

Un compendio de la visión personal de Menéndez Pelayo respecto al romanticismo puede cifrarse en su introducción a los ****Ensayos de José María Cuadrado**, publicados en 1893. Este trabajo supone la identificación del montañés con el investigador, erudito, pensador católico y artista que fue el escritor balear. Recuerda la tarea de recuperación de textos medievales y de piezas del romancero en la que Cuadrado había precedido a Aguilò y Milà para centrarse en el comentario de los ****Recuerdos y Bellezas de España**, una empresa colectiva planeada y en parte realizada por Cuadrado en la que se fundían la aportación gráfica de Parcerisa con la información histórico-artística y el aliento poético del propio Cuadrado, en cuya posición ideológica encuentra Menéndez Pelayo el acierto de su independencia del escolasticismo eclesiástico y de la ideología doctrinaria y legitimista de cuño francés. Pese a la admiración que siente por Cuadrado su modélica honradez censura el desahogo apasionado del mallorquín contra George Sand para concluir resumiendo su programa de trabajo intelectual y artístico con el que se identificaba plenamente:

No admitió otros preceptos que los que son condiciones esenciales de la obra artística y nacen de las entrañas mismas del asunto; afirmó el carácter siempre relativo de la crítica y la necesidad de ponerse en el punto de vista del autor juzgado, y al propio tiempo sostuvo que la literatura no era ciencia progresiva sino “un acto cuyas producciones son por sí mismas aisladas y completas, con su principio y su término”; finalmente proclamó a la imaginación libérrima en su esfera. No por eso dio cuartel a ciertas monstruosidades románticas, ni por espíritu de reacción incurrió tampoco, como don Alberto Lista y otros, en la insigne contradicción de condenar en Víctor Hugo lo mismo que aplaudía en Calderón (1941-1942, X, 189).

LEONARDO ROMERO TOBAR
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.(2009), ***Menéndez Pelayo la novela del siglo XIX*, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- ALTAMIRA, Rafael (1893), “La Antología de Poetas Hispanoamericanos publicada por la Academia Española, por Menéndez Pelayo”, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, nº 404, (15-diciembre-1893), pp. 369-372.
- BOTREL; Jean-François, (EN PRENSA), “El romanticismo francés en la ***Historia de las ideas estéticas en España*”, AA. VV. *****, Gerardo Bolado (ed.)
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (2009), “Menéndez Pelayo y el Romanticismo alemán”, Ínsula, nos. 751-752, julio-agosto, 2009, pp.20-23,
- JURETSCHKE, Hans (1956), Menéndez Pelayo y el Romanticismo, , prólogo de ---, Madrid, editora Nacional.
- JORBA, Manuel (1991), Manuel Milà i Fontanals crític literari, Barcelona, Curial.
- MARKET, Oswaldo (1954), La estética del idealismo alemán, selección y prólogo de ---, Madrid, Rialp.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1940-1956), Edición Nacional de las Obras Completas de ---, prólogo de J. Ibáñez Martín, dirección de Miguel Artigas, Santander, C. S. I. C., XLII vols.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1994), Panorama crítico del Romanticismo español, Madrid, Castalia.
- (2008), “Usos de *literatura nacional española* anteriores al romanticismo español”, AA. VV., *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*, Zaragoza, prensas Universitarias, pp. 467-489.
- (EN PRENSA a), “La edición del teatro de Lope de Vega en su contexto histórico-literario”, AA. VV. *****
- (EN PRENSA b), “La visión del *Volksggeist* en la crítica de los románticos españoles”, AA. VV., El individuo y la sociedad en la literatura del siglo XIX, ed. de R. Gutiérrez y B. Rodríguez, Santander.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique (1974), Biografía crítica y documental de Marcelino Menéndez Pelayo, Santander, C. S. I. C.
- VALERA, Juan (1892), reseña de Historia de las Ideas Estéticas en España, en ***Revista Ilustrada de Nueva Cork (15-III-1892)*.- Reed, Obras Completas, Madrid, Aguilar, III, pp. 456-458.
- WEISS, Brigitta (1982), “Un bosquejo de literatura española por Marcelino Menéndez Pelayo”, Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, LIX, pp. 289-294.